

II

Una mañana, al levantarse, vió que había caído durante la noche una gran nevada. El espectáculo que ofrecía la plaza era precioso: los techos enteramente blancos; todas las líneas horizontales de la arquitectura y el herraje de los balcones, perfilados con purísimas líneas de nieve; los árboles ostentando cuajarones que parecían de algodón, y el Rey Felipe III con pelliza de armiño y gorro de dormir. Después de arreglarse volvió á mirar la plaza, entretenida en ver cómo se deshacía el mágico encanto de la nieve, cómo se abrían surcos en la blancura de los techos, cómo se sacudían los pinos su desusada vestimenta, cómo, en fin, en el cuerpo del Rey y en el del caballo se desleían los copos y chorreaba la humedad por el bronce abajo. El suelo, á la mañana tan puro y albo, era ya al mediodía charca cenagosa, en la cual chapoteaban los barrenderos y mangüeros municipales, disolviendo la nieve con los chorros de agua y revolviéndola con el fango para echarlo todo á la alcantarilla. Divertido era este espectáculo, sobre todo cuando restallaban los airosos surtidores de las mangas de riego, y los chicos se lanzaban á la faena armados con tremendas escobas. Miraba esto Fortunata, cuando de repen-

te... ¡ay, Dios mío! vió á su marido; era él, Maximiliano, que entraba en la plaza por el arco del Siete de Julio, y tuvo que retroceder saltando más que de prisa, porque el chorro de agua le cortó el paso. Instintivamente se quitó la joven de su ventana; pero después se volvió á asomar, diciéndose: «Si aquí no puede verme... Lo que menos piensa él es que está tan cerca de mí... Vamos; da la vuelta... Se ha metido por los soportales. Sin duda va al café de Gallo á reunirse con su hermano, la otra cabeza de campanario. ¿Pero cómo es que le dejan salir solo? ¿Se habrá puesto bueno? ¿Estará mejor? ¡Pobre chico!...»

Y no se volvió á acordar más de él hasta la noche, cuando estaba acostada, sola en la casa, pues su tía no había entrado aún.

«Es una barbaridad que le dejen salir solo á la calle. El mejor día hace cualquier desavío y da un disgusto... Pues ahora que le he visto suelto, voy á tener miedo, y me pondré á discurrir si se meterá aquí el mejor día... La suerte es que no sabrá donde estoy; buen cuidado tengo yo de que no lo sepa. ¿Pero quién está segura de ningún secreto en estos tiempos? A lo mejor, cualquier chusco se lo canta y ya tenemos jaqueca para rato... ¡Como no le dé por venir á matarme!... Eso tendrá que ver. Pero muy descuidada habría de cogermé, porque le desahogo yo de un par de porrazos... Pero, ¿y si entra, se esconde, me acecha, y ¡pim! me pega

un tiro?... No; yo tengo que estar con mucho cuidado. Ni á Cristo le abro yo la puerta. Y voy á decirle á mi tía que necesito tomar una criada. Una chiquilla modosa y dispuestilla, así como Papitos, me vendría muy bien. ¡Sola todo el día en esta jaula!... ¡Ah!, gracias á Dios; ya siento el llavín de mi tía, que entra. ¿Será ella, ó será alguno que le ha quitado el llavín y viene á matarme?... Tía, tía, ¿es usted?

—Yo soy; ¿qué se te ocurre?...

—Nada; ya estoy tranquila. Es que me da mucho miedo de estar sola, y me parece que entran ladrones, asesinos y qué sé yo...

Ninguna noche conciliaba el sueño antes de que diera las doce el reloj de la Casa-Panadería. Oía claramente algunas campanadas; después el sonido se apagaba alejándose, como si se balanceara en la atmósfera, para volver luego y estrellarse en los cristales de la ventana. En el estado incierto del crepúsculo cerebral, imaginaba Fortunata que el viento venía á la plaza á jugar con la hora. Cuando el reloj empezaba á darla, el viento la cogía en sus brazos y se la llevaba lejos, muy lejos... Después volvía para acá, describiendo una onda grandísima, y retumbaba ¡plam! tan fuerte como si el sonoro metal estuviera dentro de la casa. El viento pasaba con la hora en brazos por encima de la Plaza Mayor, y se iba hasta Palacio, y aún más allá, cual si fuera mostrando la hora por toda la

villa y diciendo á sus habitantes: «Aquí tenéis las doce, tan guapas.» Y luego tornaba para acá, ¡plam!... ¡ay! era la última. El viento entonces se largaba refunfuñando. Otras noches se entretenía la joven discurriendo que la hora de la Puerta del Sol y la hora de la Panadería se enzarzaban. Empezaba ésta, y le respondía la otra. De tal modo se confundían los toques, que no conociera aquella hora ni la misma noche que la inventó. Las doce de acá y las doce de allá eran una disputa ó guirigay de campanadas. «Vamos, que también se oye la Merced... Tantísima hora, tantísima hora, y no sabe una si son las doce ó qué...»

Para tener compañía y servicio, tomó por criada á una niña, hija de una de las placeras amigas de Segunda. Llamábase Encarnación, y parecía muy formalita. Su ama le leyó la cartilla el primer día, diciéndole: «Mira: si algún sujeto que tú no conoces, por ejemplo, un señorito flaco, de mal color, así un poco alborotado, te pregunta en la calle si vivo yo aquí, dices que no. No abras nunca la puerta á ninguna persona que no sea de casa. Lllaman, miras, y vienes y me dices: «Señorita, es un hombre ó una mujer de estas y estas señas.» Conque fíjate bien en lo que te mando. Tu tía te habrá hecho la misma recomendación. Si no nos obedeces, ¿sabes lo que hacemos? Pues cogerte y mandarte á la cárcel. Y no creas que te van á sacar:

allí te estarás lo menos, lo menos, tres años y medio.»

La chica cumplía estas órdenes al pie de la letra. Un domingo llamaron. «Señorita, ahí está un hombre con barbas largas, muy aseñorado... y tiene la voz así, como *respetosa*.» Miró Fortunata por los agujeros de la chapa. Era Ballester. «Dile que pase.» Se alegraba de verle para saber lo que ocurría en la familia, y para que le contara por qué demonios andaba suelto Maxi por esas calles.

De tan gozoso, estaba turbado el bueno del farmacéutico. Venía vestido con los trapitos de cristianar, peinado en la peluquería, con una raya muy bien sacada desde la frente á la nuca, y las mechas negras chorreando olorosa grasa, las botas nuevas y sombrero de copa muy lustroso. «¡Qué deseos tenía de verla á usted!... No me atrevía á venir... Pero doña Lupe me ha instado tanto para que venga, que al fin... No, no, no tema que Maximiliano descubra donde usted está. Hay mucho cuidado para que no se entere de nada. Y eso que ahora, si viera usted, ha recobrado la razón; parece que está juiciosísimo; habla de todo con tino, y no hace ningún disparate.»

Fortunata estaba algo cohibida, pues á pesar de la convicción de que hacía gala con respecto á ciertas legitimidades, le daba vergüenza de no poder disimular ya su estado ante un

amigo de la familia de Rubín. Se puso muy colorada cuando Segismundo le dijo esto: «Doña Lupe me ha dado un recadito para usted. Me ha encargado decirle si quiere que le avise á don Francisco de Quevedo... Es hombre que sabe su obligación, muy cuidadoso y muy hábil...»

—No sé; veremos... lo pensaré... todavía...— balbució ella cortadísima, bajando los ojos.

—¿Cómo todavía? Me ha dicho doña Lupe que será en Marzo. Estamos á 20 de Febrero. No, no se descuide usted... que á lo mejor podría verse sorprendida... Estas cosas deben prepararse con tiempo.

Tomando una actitud galante, añadió: «Porque yo me intereso vivamente por usted en todas las circunstancias, en todas absolutamente. Soy el mismo Segismundo de siempre; y cuando usted necesite de un amigo leal y callado, acuérdesese de mí...»

Y elevando el tono casi hasta lo patético, saltó de repente con esto: «No me vuelvo atrás de nada de lo que he dicho á usted en otras ocasiones.» Como ella aparentase no interesarse en este giro de la conversación, volvió Ballester á tomar el tono fraternal de esta manera: «Me voy á permitir hablar á Quevedo. Debemos estar prevenidos... Le diré que venga á ver á usted... Es persona de confianza, y ya sabe él que no tiene que decir nada al amigo Rubín.»

Lo que tenía á Fortunata muy sorprendida y

maravillada era el interés que mostraba hacia ella, según le dijo el regente, la viuda de Jáuregui.

«Yo no sé lo que es, amiga mia; pero *la ministra*, de unos días á esta parte, me ha preguntado como unas seis veces si la habia visto á usted...

«Yo no voy—me dijo,—pero hay que mirar algo por ella y no abandonarla como á un perro.» Por esto me decidí á venir, y ahora me alegro, porque veo que usted me ha recibido, y que continuaremos siendo buenos amigos. Quedamos en que vendrá Quevedo. Sí; preparemos, porque estas cosas unas veces se presentan bien y otras mal. No le faltará á usted nada. ¡Qué caramba! Hay que afrontar las situaciones, y... ¡Oh! ¡qué cabeza ésta! ¿Pues no se me olvidaba lo mejor? (Metiéndose la mano en el bolsillo.) *La ministra* me ha dado para usted este paquetito de dinero. Por fuera está escrita la cantidad: mil doscientos cincuenta y dos reales. Debe de ser lo que le corresponde á usted por réditos de algún dinero. Para concluir: siempre que se le ofrezca á usted alguna cosa, sea del orden que fuese, piensa usted un rato, y dice: «¿A quién acudiré yo? Pues á ese tarambana de Segismundo.» Con mandarme un recadito... Aunque yo cuidaré de venir algún domingo ó los ratos que tenga libres, porque ahora, como estoy solo con Padilla, dispongo de muy poquito tiempo. Si pudiera, vendría mañana y tarde todos

los días, contando con su permiso. Pero en este pícaro mundo se llega hasta donde se puede, y el que, impulsado por el querer, va más allá del poder, cae y se estrella.»

Repitió sus ofrecimientos y se fué, dejando á Fortunata la impresión de que no estaba tan sola como creía, y de que el tal Segismundo era, en medio de sus tonterías y extravagancias, un corazón generoso y leal. Mucho le extrañaba á la infeliz joven que Aurora no hubiese ido á verla, y sintió que se le olvidara, durante la visita del regente, preguntar á éste por *las Samaniegas*. Pero ya se lo preguntaría cuando volviese.

Con el cambio de vida y domicilio, reanudó la señora de Rubín algunas relaciones de familia que estaban absolutamente quebrantadas, siendo de notar entre ellas la de José Izquierdo, que empezando por ir á cenar con su hermana y sobrina algunas noches, acabó, conforme á su genial parasitario, por estar allí todo el tiempo que tenía libre. Fortunata encontró á su tío transfigurado moralmente, con un reposo espiritual que nunca viera en él, suelto de palabra, curado de su loca ambición y de aquel negro pesimismo que le hacía renegar de su suerte á cada instante. El bueno de *Platón*, encontrando al fin el descanso de su vida vagabunda, se había sentado en una piedra del camino, á la sombra de frondoso árbol cargado de fruto (valga la

figura), sin que nadie le disputase el hartarse de ella. No existía por aquel entonces en Madrid un *modelo* mejor, y los pintores se lo disputaban. Veíase Izquierdo acosado, querido; recibía esquelas y recados á toda hora, y le desconsolaba el no tener tres ó cuatro cuerpos para servir con ellos al arte. Ni había oficio en el mundo que más le cuadrara, porque aquello no era trabajar, ¡qué demonio!; era *retratarse*, y el que trabajaba era el pintor, poniendo en él sus cinco sentidos y mirándole como se mira á una novia. En aquellos días de Febrero del 76, como se pusiera á hablar con su hermana y sobrina de las muchas obras que traía entre manos, no acababa. En tal estudio hacía de *Pae Eterno*, en él momento de estar fabricando la luz; en otro de Rey D. Jaime, á caballo, entrando en Valencia. Allí de Nabucodonosor, andando á cuatro patas; aquí de un *tio en pelota que le llaman Eneas*, con su padre, á *la pela*. «Pero lo mejor que estamos pintando ahora... y que lo vamos sacando *de lo fino...*, es aquel paso de Hernán Cortés cuando manda dar fuego á las judías naves...» Ganaba mi hombre todo lo que necesitaba, y era venturoso, y la sujeción del día la compensaba con las largas expansiones de charla y copas que se daba de noche en algún café, convidando á los amigos. A su sobrina le prestaba servicios, haciéndole cuantos encargos eran compatibles con sus tareas artísticas. Solía ella enviarle con algún

mensaje á casa de su costurera, ó se valía de él para recados y compras. Más de una vez le mandó á la gran tienda de Samaniego por tela ó encajes para el ajuar que estaba haciendo; pero siempre le encargaba que no la descubriese allí, pues ya que Aurora no había ido á verla, lo que propiamente era una falta de educación, y hablando mal y pronto, una cochinada, no quería ella tampoco aparentar que solicitaba su amistad; y si razones tenía *la Samaniega* para retraerse, también ella las tenía para no rebajarse. «A fina me ganará; pero á orgullosa no.»

V

La razón de la sinrazón.

I

La mejoría de Maximiliano continuaba, de lo cual coligieron su tía y su hermano que la separación matrimonial había sido un gran bien, pues sin duda la presencia y compañía de su mujer era lo que le sacaba de quicio. Todo aquel invierno continuó el tratamiento de las duchas circular y escocesa y el bromuro de sodio. Al principio, cuando no le sacaba á paseo Juan Pablo, sacábale su misma tía, teniendo ocasión de notar lo bien concertados que eran sus juicios. Observaron, no obstante, que en el caletre del joven se escondía un pensamiento relativo al paradero de su consorte, y temían que este pensamiento, aunque contenido en proporciones menudas por el renacimiento armónico de la vida cerebral, tuviera el mejor día fuerza expansiva bastante para volver á trastornar toda la máquina. Pero estos temores no se confirmaron. En Diciembre y Enero la mejoría fué tan notoria, que doña Lupe estaba pasmada y contentísima. En Febrero ya le permitieron sa-

lir solo; pues no se metía con nadie y se le habían acentuado considerablemente la timidez y la docilidad. Era como un retroceso á la edad en que estudió los primeros años de su carrera, y aun parecía que se renovaban en él las ideas de aquellos lejanos días, y con las ideas el encogimiento en el trato, la sobriedad de palabras y la falta de iniciativa.

Su vida era muy metódica; no se le permitía leer nada, ni él lo intentaba tampoco, y siempre que iba á la calle, doña Lupe le fijaba la hora á que había de volver. Ni una sola vez dejó de entrar á la hora que se le mandaba. Para que tales días se pareciesen más á los de marras, el único gusto del joven era pasear por las calles sin rumbo fijo, á la ventura, observando y pensando. Una diferencia había entre la deambulación pasada y la presente. Aquella era nocturna, y tenía algo de sonambulismo ó de ideación enfermiza; ésta era diurna, y á causa de las buenas condiciones del ambiente solar en que se producía, resultaba más sana y más conforme con la higiene cerebro-espinal. En aquella la mente trabajaba en la ilusión, fabricando mundos vanos con la espuma que echan de sí las ideas bien batidas; en ésta trabajaba en la razón, entreteniéndose en ejercicios de lógica, sentando principios y obteniendo consecuencias con admirable facilidad. En fin, que en la marcha que llevaba el proceso cerebral, le sobrevi-

no el *furor de la lógica*, y se dice esto así, porque cuando pensaba algo, ponía un verdadero empeño maniático en que fuera pensado en los términos usuales de la más rigurosa dialéctica. Rechazaba de su mente con tenaz repugnancia todo lo que no fuera obra de la razón y del cálculo; no desmintiendo esto ni en las cosas más insignificantes.

Que al poco tiempo de sentir en sí este tic del razonamiento lo aplicó al oscuro problema lógico de la ausencia de su mujer, no hay para qué decirlo. «Que vive no tiene duda; éste es un principio inconcuso que ni siquiera se discute. Ahora dilucidemos si está en Madrid ó fuera de Madrid. Si se hubiera ido á otra parte, alguna vez recibiría mi tía cartas suyas. Es así que jamás llega á casa el cartero del exterior, y cuando va es para traer alguna carta de las hermanas de mi tío Jáuregui; luego... Pero propongamos la hipótesis de que dirige las cartas á otra persona para que yo no me entere. Es inverosímil; pero propongámosla. En tal caso, ¿qué persona sería ésta? En todo rigor de lógica no puede ser doña Casta, porque la señora de Samaniego no gusta de tales papeles. En todo rigor de lógica tiene que ser Torquemada. Pero Torquemada, anteayer, entró en el gabinete de mi tía, y yo, desde el pasillo, le oí preguntarle claramente si había sabido de la señorita... Luego Torquemada no es. Luego no siendo Torquemada,

no hay intermediario de cartas; y no habiendo intermediario de cartas, no puede haber correspondencia, luego está en Madrid.»

Quedóse muy satisfecho, y después de detenerse un rato á ver un escaparate de estampas, volvió á pegar la hebra: «Podría ponerse en duda que entre ella y mi tía haya comunicación, y en caso de que no la hubiera, el problema de su residencia seguiría como boca de lobo; pero yo sostengo que hay comunicación. Si no, ¿qué significa el papelito de apuntes que sorprendí el otro día sobre la cómoda de mi tía, y en el cual, pasando al descuido la vista, distinguí este renglón que decía: *Corresponden á F. 1.252 reales?* F. quiere decir *ella*. Luego hay comunicación entre mi tía y ella, y como esta comunicación no es postal, resulta claro como la luz del día que reside en Madrid.»

Largos ratos se pasaba en este ejercicio de la razón. Á veces se decía: «Rechacemos todo lo fantástico. No admitamos nada que no se apoye en la lógica. ¿De qué vive? ¿Vivirá honradamente? No aventuremos ningún juicio temerario. Podrá vivir honradamente y podrá vivir de mala manera. Yo llegaré á descubrir la verdad enterita sin preguntar una palabra á nadie. Pues todos callan ante mí, yo callo ante todos. Veo, oigo y pienso. Así sabré todo lo que quiero. ¡Qué hermosa es la verdad; mejor dicho, estos bordes del manto de la verdad que alcanzamos

á ver en la tierra, porque el cuerpo del manto y el de la verdad misma no se ven desde estos barrios!... Dios mío, me asombro de lo cuerdo que estoy. La gente me mira con lástima, como á un enfermo; pero yo, en mí, me recreo en lo sano de mis juicios. Dichoso el que piensa bien, porque él está en grande.»

Entró en el café del Siglo, donde creía encontrar á su hermano; pero Leopoldo Montes le dijo que habiendo aceptado Villalonga la Dirección de Beneficencia y Sanidad, había encargado á Juan Pablo un trabajo delicadísimo y muy enojoso... cosa de poner en claro unas cuentas de lazaretos, y me le tenía en la oficina de sol á sol. Allí le llevaban el café. No le venía mal á Juan Pablo que el director le encargase trabajos extraordinarios, pues esto significaba confianza, y tras la confianza vendría un ascenso. Hablaron de empleos y de política, diciendo Maximiliano cosas muy buenas.

Refugio, la querida de Juan Pablo, estaba aquel invierno muy mal de ropa, y no iba al café del Siglo, sino al de Gallo, porque le cogía cerca (la pareja moraba en la Concepción Jerónima), y además porque la sociedad modesta que frecuentaba aquel establecimiento, permitía presentarse en él de trapillo ó con mantón y pañuelo á la cabeza. Agregábasele á Refugio algunas personas con quienes tenía amistad fácil y adventicia, de esas que se con-

traen por vecindad de casa ó de mesa de café. Eran un portero de la Academia de la Historia, con su esposa, y un cobrador municipal de puestos del mercado, con la suya, ó lo que fuese. Este matrimonio solía ir los domingos acompañado de toda la familia, á saber: una abuela, que había sido *victima* del 2 de Mayo, y siete menores. El café se compone de dos crujías, separadas por gruesa pared y comunicadas por un arco de fábrica; mas á pesar de esta rareza de construcción, que le asemeja algo á una logia masónica, el local no tiene aspecto lúgubre. En la segunda sala, donde se instalaba Refugio, había siempre animación campechana y confianzuda; y como el espacio es allí tan reducido, toda la parroquia venía á formar una sola tertulia. En ella imperaba Refugio como en un salón elegante en el cual fuera estrella de la moda. Dábase mucho lustre, tomando aires de señora, alardeando de expresarse con agudeza y de decir gracias que los demás estaban en la obligación de reir. Poniase siempre en un ángulo, que tenía, por la disposición del local, honores de presidencia. Cuando Maxi iba, su cuñada le hacía sentar á su lado, y le mimaba y atendía mucho, con sentimientos compasivos y de protección familiar, permitiéndose también tutearle y darle consejos higiénicos. Él se dejaba querer, y apenas tomaba parte en la tertulia, como no fuera con los silogismos que mental-

mente hacia sobre todo lo que allí se charlaba. Una noche estaba el pobre chico tomándose su café, muy callado, en la misma mesa de Refugio, cuando se fijó en dos hombres que en la próxima estaban, uno de los cuales no le era desconocido. Pensando, pensando, acertó al fin. Era Pepe Izquierdo, tío de su mujer, á quien sólo había visto una vez yendo de paseo con Fortunata por las Rondas, y ella se lo presentó. Como en el de Gallo había tanta confianza, pronto se comunicaron los de una y otra mesa. Primero se hablaba de política, después de que la guerra se acabaría á fuerza de dinero; y como la política y las guerras vienen á ser las fibras con que se teje la Historia, hablóse de la Revolución francesa, época funesta en que, según el cobrador municipal, habían sido guillotinas *muchas almas*. Oír que se hablaba de Historia y no meter baza, era imposible para Izquierdo, pues desde que se puso á *modelo* sabía que Nabucodonosor era un rey que comía hierba; que don Jaime entró en Valencia á caballo, y que Hernán Cortés era un *endivido* muy templado que se entrenía en quemar barcos. Los disparates que aquel hombre dijo acerca del *Pronunciamiento* de Francia, hicieron reír mucho á todos, particularmente al portero de la Academia de la Historia, que echaba al concurso miradas desdenosas, no queriendo aventurar una opinión, que habría sido lo mismo que arrojar margaritas

á cerdos. Mas el compañero de *Platón*, persona enteramente desconocida para Maxi, debía de ser uno de los sujetos más eruditos que en aquel local se habían visto nunca, y cuando rompió á hablar, se ganó la atención del auditorio. Tenía la cara granulosa y el pescuezo como el de un pavo, con una nuez muy grande, el pelo como escobillón, y se expresaba en términos muy distintos del gárrulo lenguaje de su amigo: «Al Rey Luis XVI—dijo—y á la Reina Doña María Antonieta les cortaron la cabeza, naturalmente, porque no querían darle libertad al pueblo. Por eso hubo, naturalmente, aquel gran *pronunciamiento*, y todo lo variaron, hasta los nombres de los meses, señores, y hasta abolieron la vara de medir y pusieron el metro, y la religión también fué abolida, celebrándole las misas, naturalmente, á la diosa Razón.»

Tanta sabiduría impresionó á Maxi, que al punto se desató á charlar con Ido del Sagrario, pues no era otro el docto amigo de Izquierdo, y estuvieron poniendo comentarios á los trágicos sucesos del 93. «Porque mire usted: cuando el pueblo se desmanda, los ciudadanos se ven indefensos, y francamente, naturalmente, buena es la libertad; pero primero es vivir. ¿Qué sucede? Que todos piden orden. Por consiguiente, salta el dictador, un hombre que trae una macana muy grande, y cuando empieza á funcionar la macana, todos la bendicen. Ó hay lógica ó no

hay lógica. Vino, pues, Napoleón Bonaparte, y empezó á meter en cintura á aquella gente. Y que lo hizo muy bien, y yo le aplaudo, sí, señor, yo le aplaudo.»

—Y yo también—dijo Maxi con la mayor buena fe, observando que aquel hombre razonaba discretamente.

—¿Quiere esto decir que yo sea partidario de la tiranía?...—prosiguió Ido.—No, señor. Me gusta la libertad; pero respetando... respetando á Juan, Pedro y Diego... y que cada uno piense como quiera; pero sin desmandarse, sin desmandarse, mirando siempre para la ley. Muchos creen que el ser liberal consiste en pegar gritos, insultar á los curas, no trabajar, pedir aboliciones y decir que mueran las autoridades. No, señor. ¿Qué se desprende de esto? Que cuando hay libertad mal entendida y muchas aboliciones, los ricos se asustan, se van al extranjero, y no se ve una peseta por ninguna parte. No corriendo el dinero, la plaza está mal, no se vende nada, y el bracero, que tanto chillaba dando vivas á la Constitución, no tiene que comer. Total, que yo digo siempre: «Lógica, liberales», y de aquí no me saca nadie.

—Este hombre tiene mucho talento—pensaba Rubín, apoyando con movimientos de cabeza la aseveración de aquel sujeto.

Y cuando, al despedirse, Ido le dió su nombre, agregando que era profesor de primeras letras

en las escuelas católicas, Maximiliano discurrió que no estaba en armonía la humildad del empleo con el saber y la destreza dialéctica que aquel individuo mostraba.

Al siguiente día por la tarde Maxi fué á Gallo, y no estaban, de las personas conocidas, más que el cobrador municipal y José Izquierdo. Este había dejado en la silla próxima un envoltorio. Mirólo el joven con disimulo, y vió que era algo como ropa ó calzado, cubierto con un pañuelo. Tan mal hecho estaba el atadizo, que al mover la silla se descubrió una bota elegante con caña color de café. Al verla Rubín, sintió como si le cayera una gota fría en el corazón. «Esa bota es de ella... ¡ay, de ella es!... La conozco como conozco las mías. No la lleva á componer, porque está casi nueva. La lleva de muestra para que le hagan otro par. Es muy presumida en cuestiones de calzado. Le gusta tener siempre tres ó cuatro pares en buen uso. ¿Y por qué no las lleva ella? Porque no sale. Luego está enferma... Enferma, ¿de qué?»

II

Platón se despidió de su amigo y cogió el lío, diciendo que tenía que ir á la calle del Arenal.

«Justo—discurrió Maxi sin decir una palabra.—Allí está su zapatero. Arenal, 22... Lo que

me falta saber, podría averiguarlo siguiendo á ese bárbaro. Pero no... Con la lógica y sólo con la lógica lo averiguaré. ¿Para qué quiero esta gran cordura que ahora tengo? Con mi cabeza me gobierno yo solo.»

Después, cuando entraron Ido, Refugio y otras personas, estuvo muy comunicativo, discutiendo admirablemente sobre todo lo que se trató, que fué la insurrección de Cuba, el alza de la carne, lo que se debe hacer para escoger un bonito número en la lotería, la frecuencia con que se tiraba gente por el Viaducto de la calle de Segovia, el tranvía nuevo que se iba á poner y otras menudencias.

Un día de los primeros de Marzo, Maxi, al dirigirse al café, vió á Izquierdo en los soportales de la Casa-Panadería, y á punto que le saludaba, pasó y se detuvo el cobrador municipal. Este y José cambiaron unas palabras.

—En seguida voy al café—dijo el *modelo* mostrando varios paquetes á su amigo, que los miraba con curiosidad.—Subo á largar esto: Varas de cinta... jabón... demonios, dátiles. Voy cargado como un santísimo burro.

Maximiliano siguió hacia el café, y observando que *Platón* tomaba hacia la calle de Ciudad Rodrigo, miró su reloj.

—¡Dátiles!... ¡Cuántos le he comprado yo! Las golosinas la venden. Se despepita por ellas...—pensó el razonador, penetrando en el estableci-

miento, sin ver nada de lo que en él había.—Come dátiles... luego no está mala; los dátiles son muy indigestos. Y puesto que ella los come, la causa del no salir no es enfermedad... Luego es otra cosa...

Y viendo entrar á Izquierdo, volvió á mirar su reloj. «Ha tardado doce minutos. Luego la casa está cerca... Doce minutos: pongamos cuatro para subir la escalera, dos para bajarla... Y está causado el hombre; debe de ser alta la escalera... La casa está cerca. La descubriremos por la lógica. Nada de preguntas, porque no me lo dirían; ni seguir á este animal, porque eso no tendría mérito. Cálculo, puro cálculo...»

Izquierdo y el cobrador municipal le convidaron á unas copas; pero él no quiso aceptar, porque le repugnaba el aguardiente. Oyóles la conversación sin aparentar oírlos, aunque nada interesante tenía para él, pues versó sobre si la Villa iba á suprimir tantas y cuantas mulas del ramo de jardines y paseos para repartirse la cebada entre los concejales. Después el recaudador sacó á relucir no sé qué asunto de familia, quejándose de las continuas enfermedades de su esposa, de lo que Izquierdo tomó pie para decir unas cuantas barbaridades sobre las ventajas de no tener familia que mantener. «Musotros los viudos estamos como queremos», dijo volviéndose á Maxi y dándole un palmetazo en el hombro. El pobre muchacho hizo como que aproba-

ba la idea, sonriendo, y para sí dió unas cuantas vueltas al manubrio de la lógica: «Se te ha encargado que no descubras nada; se te ha dicho que tengas mucho cuidado con lo que hablas delante de mí, dromedario, y tú, como todos, te empeñas en meterme en la cabeza la idea de que estoy viudo. No cuentas con que mi cabeza es un prodigio de claridad y raciocinio. A buena parte vienes. Verás cómo destruyo tus sofismas y mentiras. Verás lo que puede el cálculo de un cerebro lleno de luz... ¡Conque yo viudo! Lo mismo que mi tía, que me dijo ayer: «Desde que *enviudaste*, pareces otro...» Me conviene hacerles creer que me lo trago. Con mi lógica me las arreglo admirablemente y me río del mundo. ¡Qué bonita es la lógica; pero qué bonita! ¡Y qué hermosura tener la cabeza como la tengo ahora, libre de toda apreciación fantasmagórica, atenta á los hechos, nada más que á los hechos, para fundar en ellos un raciocinio sólido!... Pero vámonos á mi casa, que mi tía me espera.»

Tres días después de esto, al entrar en la botica, notó que Ballester y Quevedo hablaban, y que al verle llegar á él se callaron súbitamente. Como había adquirido facilidad para la apreciación de los hechos, aquél se le reveló claramente. Segismundo y el comadrón trataban de algo que no querían oyese Maximiliano. Para disimular le preguntaron á él por su salud, y á

poco dijo Quevedo al farmacéutico en tono muy misterioso: «¿Ha preparado usted el cornezuelo de centeno? Basta con eso por ahora.»

—Qué tal, ¿paseamos mucho, joven?—agregó en alta voz volviendo hacia Maxi su cara de caimán, en la cual la sonrisa venía á ser como una expresión de ferocidad.—Vamos bien, vamos bien. Al fin podrá usted volver á sus ocupaciones ordinarias. Ya decía yo que en cuanto estuviera usted libre... por aquello de *muerto el perro se acabó la rabia*.

Rubín contestó afirmativamente y con amabilidad. Después observó que Ballester sacaba de un cajón un paquetito de medicamento y se lo daba al señor de Quevedo, diciéndole: «Lléveselo usted; lo he pulverizado yo mismo con el mayor esmero. La antiespasmódica la llevaré yo.» El comadrón tomó el paquete y se fué.

A poco entró *doña Desdemona* preguntando por su marido, y pudo observar el joven que Ballester le hizo señas, llamándole la atención sobre la presencia de Maxi, pues la señora empezó diciendo: «¿Ha ido otra vez á la Cava?» Aquello se arregló, y *doña Desdemona* invitóle á que la acompañase á su casa, lo que él hizo de bonísima gana, remolcándola del brazo por la escalera arriba. Conversando estuvieron largo rato, y la señora de Quevedo le enseñaba sus jaulas de pájaros, canarias en cría, un jilguero que sacaba agua del pozo y comía extrayendo

el alpiste de una caja, con otras curiosidades ornitológicas de que tenía llena la casa. Á la hora de comer entró Quevedo muy fatigado, diciendo: «No hay nada todavía...» Y como vió allí al sobrino de doña Lupe, no dijo más.

Cuando Maximiliano se retiró, iba desarrollando en su mente la más prodigiosa cadena de razonamientos que en aquellas cavidades se había visto. «¿Ves cómo salió? Lo que fulminó en mi cabeza como un resplandor siniestro del delirio, ahora clarea como luz cenital que ilumina todas las cosas. Vaya, hasta poeta me estoy volviendo. Pero dejémonos de poesías; la inspiración poética es un estado insano. Lógica, lógica, y nada más que lógica. ¿Cómo es que lo averiguado hoy por procedimientos lógicos, fundados en datos é indicios reales, existió antes en mi mente como los rastros que deja el sueño ó como las ideas extravagantes de un delirio alcohólico? Porque esto no es nuevo para mí. Yo lo pensé, yo lo concebí envuelto en impresiones disparatadas y confundido con ideas enteramente absurdas. ¡Misterios del cerebro, desórdenes de la ideación! Es que la inspiración poética precede siempre á la verdad, y antes de que la verdad aparezca traída por la sana lógica, es revelada por la poesía, estado morboso... En fin, que yo lo adiviné, y ahora lo sé. El calor se transforma en fuerza. La poesía se convierte en razón. ¡Qué claro lo veo ahora! Vive en la

Cava, en la Cava, en la misma casa tal vez donde vivió antes. Se esconde para que no la vea nadie. El suceso se aproxima. La asiste Quevedo. Para ella son el cornezuelo de centeno y la antiespasmódica. ¡Ah! ¡cómo me río yo de estos imbéciles que creen que me engañan!... ¡Engañarme á mí, que estoy ahora más cuerdo que la misma cordura! ¡Dios mio, qué talento tengo! ¡Qué manera de discurrir!... ¡Estoy asombrado de mí mismo, y compadezco á mi tía, á Ballesster, á todos los que hacen delante de mí esta comedia! «Todavía no hay nada», fué lo que dijo Quevedo al volver de la Cava. Presunción equivocada, falsos síntomas. Luego la cosa está próxima. Estamos en Marzo. Bien; no me falta más que averiguar la casa. Si me dejara llevar de la inspiración, aseguraría que es la misma casa aquella, la de los escalones de piedra. Pero no; procedamos con estricta lógica, y no aseguremos nada que no esté fundado en un dato real.»

Al día siguiente estuvo con su hermano en el café del Siglo y después en el de Gallo, con Refugio. Era el 19 de Marzo, y los que se llamaban José convidaban á toda la tertulia. Ido del Sagrario se negaba á tomar copas, y su amigo Izquierdo, que bebía aguardiente como si fuera agua, se burlaba de la sobriedad del profesor de instrucción primaria, el cual aseguró haber *comido fuerte* y no hallarse muy bien del estómago. Poco á poco se iba desprendiendo el buen Ido de